

1º: La Resurrección del Señor

La contemplación del primer misterio glorioso nos lleva a meditar, en primer lugar, en la omnipotencia de Cristo resucitado, quien con su resurrección manifiesta su poder sobre la muerte. No sólo resucitó a Lázaro y a otros, sino que resucita por sí mismo, mostrando así que Él es Señor de la vida y de la muerte.

Confirma, además, sus palabras y obras, pues si Cristo no hubiera resucitado, nuestra fe sería vana (cf. *1 Co 15, 14. 17*); seríamos unos necios por seguir a uno que murió y se quedó en el sepulcro. Si acaso, podríamos admirar su vida, recordar sus enseñanzas, pero no tendría sentido ser discípulos de un muerto. En cambio, con inmensa alegría, vamos tras las huellas del Señor de la Historia, el Rey de reyes, Aquél que vendrá a juzgar a vivos y muertos al fin del mundo. Es el Mesías esperado por las naciones.

Decía el Señor una vez a propósito de sus revelaciones: *«Y soy yo, el Hijo de Dios vivo, el que lo dice, porque yo tengo poder para manifestarme, donde quiero y cuando quiero, a los hombres»* (7-5-1994).

2º: La Ascensión del Señor

Después de cuarenta días en compañía de Jesús resucitado, los Once se dirigen hasta el monte de los Olivos, cerca de Jerusalén. Allí les habla con autoridad y con unción; les dice: «Recibiréis el Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la Tierra. Y después de decir esto, mientras ellos miraban, se elevó, y una nube lo ocultó a sus ojos» (*Hch 1, 7ss*). Los Apóstoles se quedaron largo rato mirando al cielo hasta que Jesús desapareció tras la nube.

La vida del Señor sobre la Tierra no terminó con su crucifixión, sino al ascender a los cielos. Nuestra vida no acaba con los sufrimientos ni penas temporales, sino que está llamada a renovarse en Jesucristo, para gozar para siempre en la otra vida, que es la única verdadera y definitiva.

Al meditar el día de esta solemnidad, enseñaba san León Magno: «Hoy no sólo hemos sido constituidos poseedores del Paraíso, sino que con Cristo hemos ascendido, mística pero realmente, a lo más alto de los Cielos, y conseguido por Cristo una gracia más inefable que la que habíamos perdido»¹.

¹ *Homilía I sobre la Ascensión.*

3º: La Venida del Espíritu Santo

El día de Pentecostés fue de inmensa alegría, pues se produjo la venida del Espíritu Santo con todos sus dones, carismas y frutos.

Al verdadero cristiano no le falta nunca la alegría, uno de los frutos del Espíritu Divino en el alma. Exhorta, por ello, san Pablo: «Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres» (*Flp 4, 4*). Se refiere a la alegría cristiana, fuente de gozo incesante. De ahí el dicho popular: «Un santo triste es un triste santo», indicando así la incompatibilidad entre santidad y tristeza. Con razón san Francisco de Asís llamaba a ésta «enfermedad babilónica», por ser Babilonia símbolo de todo mal.

También en El Escorial, el Señor ha señalado el valor de la alegría y los daños de la tristeza, como cuando dijo en el mensaje de 3 de julio de 1999: *«He creado hombres con luz, no con tiniebla. Quiero hombres alegres, no tristes. Almas que pongan el pensamiento en Dios, no en las cosas caducas»*.

4º: La Asunción de la Virgen al Cielo

En el Prefacio de la solemnidad de la Asunción se reza: «Hoy ha sido llevada al Cielo la Virgen, Madre de Dios; Ella es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada; Ella es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la Tierra».

La Virgen María, elevada al Cielo, es imagen y anticipo de la Iglesia que se encuentra todavía en camino hacia la Gloria. Nuestra Madre nos ofrece la garantía de que un día, con la gracia de Dios, podremos gozar de esa vida que no se acaba.

Meditar en este misterio es un modo de alentar nuestra esperanza; nos recuerda que, aunque somos peregrinos en este mundo, al final de la vida mortal nos encontraremos con nuestro Salvador, a quien nos conducirá María Santísima. Nos decía Ella en el mensaje del día de la Asunción de 1986: *«Sufrió mucho en la Tierra, hijos míos, pero tened esperanza, porque están las moradas preparadas (...). Aprended a amar, aprended a sufrir, aprended la humildad, la castidad... Veréis cómo un día estaréis cerca de mí»* (15-8-1986).

5º: La Coronación de la Virgen María como Reina y Señora

En su encíclica sobre la Virgen escribía el papa Juan Pablo II: «La Madre de Cristo es glorificada como *Reina universal*. La que en la Anunciación se definió como *esclava del Señor* fue durante toda su vida terrena fiel a lo que este nombre expresa, confirmando así que era una verdadera “discípula” de Cristo, el cual subrayaba intensamente el carácter de servicio de su propia misión: el Hijo del hombre *no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos (Mt 20, 28)*»².

Aprendemos así que la Virgen, antes de ser coronada como Reina y Señora de todo lo creado, hubo de seguir el camino de la fe y, en medio de él, se encontró con el dolor; a la vez que mantuvo ese espíritu de servicio toda su vida. No hay, pues, gloria sin cruz; ni resurrección sin calvario. Le decía el Señor a Luz Amparo en el mensaje de 1 de julio de 1989: «*Mira, hija mía, los bienaventurados que han sufrido, ¡qué gloria han alcanzado!... Vale la pena el sufrimiento, la calumnia, la persecución, el odio, el desprendimiento, hija mía, para alcanzar tan grande tesoro*».

² *Redemptoris Mater*, 41.